

ganar los puentes; los otros son arrojados al Alle, en donde perecen ahogados.

Mientras Ney cumple esta obra de destrucción que vale la victoria á los franceses, Lannes y Mortier que hasta entonces se han limitado á contener la derecha rusa que manda el príncipe Gorshschakoff, principia á acosarla con mayor viveza. El príncipe había recibido un poco tarde la orden de Bennigsen de retirarse y no pudo resolverse á obedecer; ahora resultaba preso entre los puentes incendiados de Friedland y el semicírculo que á su frente formaban Lannes y Mortier, y que cada vez más se iba cerrando. Sin embargo, ni él ni sus tropas pensaban en rendirse. Mientras que sus últimos batallones prolongaban su defensa, él corría desesperado con su caballería por lo largo del Alle, en donde sus soldados acabaron por encontrar un vado. Favorecidos por la noche consiguieron escaparse.

Los rusos habían perdido en Friedland cerca de 20.000 hombres entre muertos y heridos; el ejército francés apenas había perdido la mitad.

Bennigsen ganó apresuradamente el Pregel y de allí Tilsit, en donde se le juntaron Lestocq y Kamenski que evacuaron á Koenigsberg tan pronto supieron la derrota de Friedland. El 19 de Junio el ejército ruso se retiraba detrás del Niemen, después de haber destruído el puente de Tilsit. El territorio del imperio estaba todavía intacto, el cuerpo del príncipe Labanoff había operado su unión, y el Niemen ofrecía á Bennigsen una fuerte línea de defensa, pero sus tropas estaban descorazonadas y una particularidad expresiva revelaba el estado de postración en que se encontraba la monarquía: los soldados franceses que corrieron á orillas del río en su persecución, habían apercibido, á la otra orilla, á los basckires y á los kalmucos armados con flechas, última escena de un imperio en ruínas.

Alejandro pidió un armisticio, y Napoleon propuso una entrevista que fué aceptada. Discutióse la cuestión de saber si la proposición había venido de Napoleon ó de Alejandro. Si no estuviese establecido que fué hecha por Duroc en nombre de su soberano, se podría resolver la cuestión *á priori* en el sentido de la afirmativa, tanto este paso está conforme con el carácter y con las costumbres de Napoleon. Conocía, por haber usado con un éxito extraordinario en varias ocasiones de su vida, la fascinación que su persona ejercía en los hombres poco capaces de juzgarle, y él mismo se exageraba esta singular potencia á fuerza de servirse de ella con éxito. No estaba lejos de considerarla como

infalible, y en el efecto que producía no distinguía más la parte que era necesario hacer al temor, á la adulación y al prestigio creado por su maravillosa fortuna. Una entrevista con Alejandro iba á ofrecerle en vez de la influencia siempre indirecta y lejana que podía ejercer en un congreso, la ocasión de concentrar en un solo hombre, de quien todo dependía, esta fuerza de seducción de que le había dotado la naturaleza, y de la que había hecho un arte que hubiese sido incomparable si hubiese sido menos aparente. No podía, pues, descuidar una casualidad tan preciosa.

Napoleon no había modificado ni sus proyectos ni su política. De una movilidad extrema, apenas creible en cuanto á la elección de medios, y pronto á cambiar á merced de las circunstancias, perseguía el fin con una tenacidad que tocaba á la idea fija. En el fondo su gran objetivo no había dejado de ser un instante Inglaterra, porque sentía con razón que allí se encontraba el foco verdadero de las resistencias continuas. Al principio de la guerra actual, se había dado por programa: «combatirá Inglaterra en el continente.» Ese programa lo había llenado por mitad, pues si no podía vanagloriarse de haber vencido á Inglaterra, había desarmado el continente. Rusia, rechazada sobre su frontera y casi puesta fuera de combate, no podía ya nada contra él. Era peligroso pensar en conquistarla, pues si Europa estaba sometida, no por esto dejaba de estremecerse de indignación. Pero tal vez no era imposible ganar el apoyo de esta potencia, y entonces ¡qué magnífica simplificación para los proyectos de Napoleon! Este aliado cuya necesidad en Europa ha sentido un poco tarde, que en sus apuros, antes y después de Eylau ha pedido ora á Austria ora á Prusia, potencias mutiladas, debilitadas por él, y por consiguiente amigas muy dudosas, este aliado hélo aquí personificado en un Estado joven, ambicioso, que por su distancia y por sus intereses no puede estar nunca en oposición con Francia. Ganado este aliado, toda Europa se inclina, y en vez de tener que combatir á Inglaterra en el continente, Napoleon podrá combatirla con el continente que se encontrará todo entero alistado bajo su bandera. Y una vez Inglaterra arruinada, ¿qué potencia estará en estado de resistirle? Lo que él apercibe más allá, ya no es la Europa conquistada, sino el imperio del mundo.

Las disposiciones de Alejandro eran más bien hijas del abatimiento que de la esperanza. Estaba humillado de su propia derrota, disgustado de su ingrato papel de mediador de Europa, cansado de



su desinterés tan mal recompensado, y por encima de todo descontento de sus antiguos aliados. Inglaterra no había hecho nada para sostenerle; no había pensado mas que en sí misma. Los débiles defensores de Fox no habían visto que, dejando aplastar sus auxiliares y periditar la causa común para apoderarse de algunas colonias, iban á exponer su país al más gran peligro que jamás hubiese corrido. En cuanto á Austria, no había sabido ofrecer más que

una inútil mediación en el momento en que una diversión operada por su ejército lo hubiese podido salvar todo. Sólo la Prusia había llevado á Alejandro una cooperación valiente y fiel, pero sin eficacia. ¿Era esta la recompensa de los sacrificios sin nombre que se había impuesto para la independencia de todos? ¿Rusia había sido ni por un solo momento amenazada en su territorio ó en su honor nacional? No, todo lo que Alejandro había hecho,



Batalla de Friedland

era, él por lo menos lo creía, para el bien general, para el derecho público europeo, para la civilización, gracias á sus ideas caballerescas y desinteresadas; y si las ilusiones del joven y un precoz amor propio tenían cierta parte en sus determinaciones, por lo menos estaban puras de toda ambición estrecha y egoísta. ¿No era, pues, tiempo, en fin, de que pensase en el interés de su corona, en el bienestar y seguridad de sus súbditos? ¿no era hora de que renunciase á sus utopías, á sus sueños filantrópicos que no habían sido mas que una ilusión?

Nada podía ser más peligroso para Alejandro y sobre todo para la causa que hasta entonces había sostenido como semejante disposición de su espíritu en el momento en que iba á encontrarse frente á frente con el poderoso tentador que iba á darle la

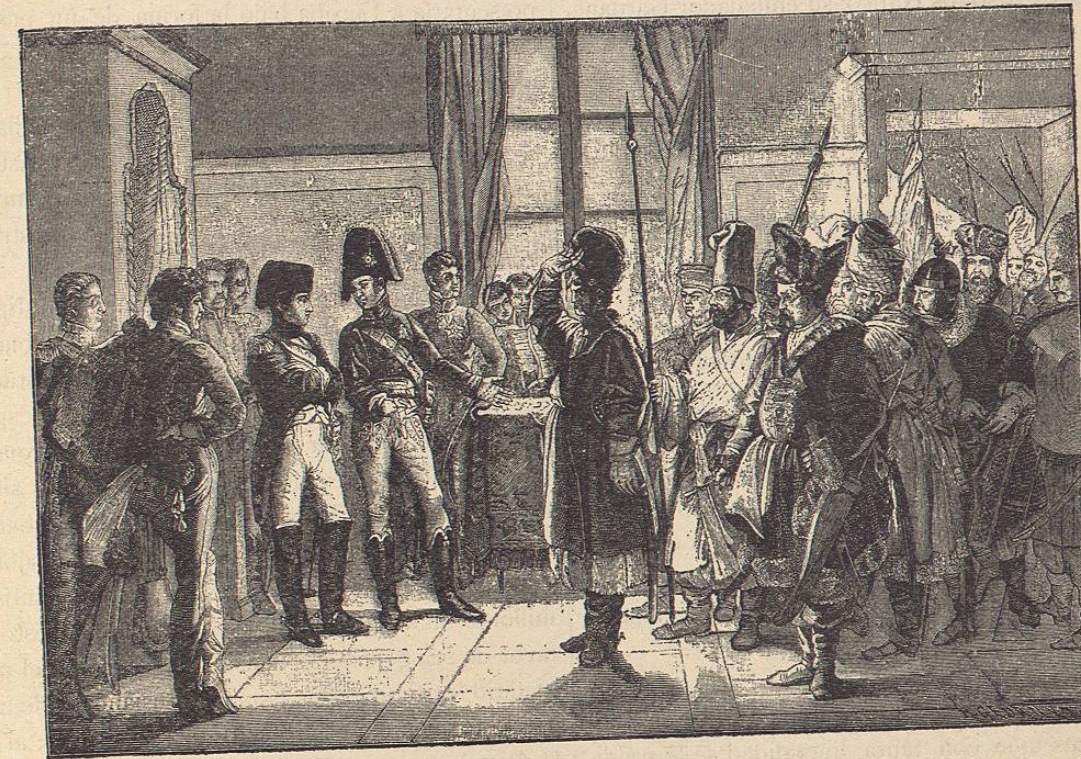
mano y que precisamente trataba de sugerirle tales sentimientos.

Desde la primera palabra que los dos emperadores cambiaron, luego de haberse abrazado al poner el pié en la balsa de Tilsit, Napoleon pudo ver claro cuanto no habían cambiado los sentimientos de Alejandro después de Austerlitz. «Odio á los ingleses, — le dijo el tsar, — tanto como vos mismo los odiáis.» — «Si es así, — le respondió Napoleon, — la paz está hecha.» Todos los rencores, todas las decepciones de Alejandro estaban contenidas en esa simple palabra, y en ellas se encontraba también para Napoleon el nudo de todas las cuestiones que podía tener que debatir con Alejandro. Después de este objeto capital, el abandono de la alianza ingle-

sa, todo lo demás era secundario. Una vez arrastrado á tomar partido contra Inglaterra, Alejandro debía dar buena cuenta de sus otros aliados del continente, se hacía solidario de Francia, interesábase allanar todos los obstáculos, y si le quedaban algunos escrúpulos, se estaba seguro de calmarlos haciéndole una buena parte.

Dos horas duró esta primera entrevista. Los dos soberanos encontraron en ella tal interés que acor-

daron neutralizar la villa de Tilsit á fin de poder continuar en ella á sus anchas sus conversaciones. El rey de Prusia había acudido para defender personalmente su causa muy comprometida y muy mal defendida por su poderoso amigo. Ese desgraciado rey, víctima de su honradez, pues no había declarado la guerra sino á causa de haberse exasperado con inicuos procedimientos, era un embarazo para todo el mundo; recordó á Alejandro promesas y



Alejandro I presenta á Napoleon los basckires y kalmucos del ejército ruso

compromisos difíciles de tener, á Napoleon odiosas violaciones del derecho de gentes. Despojado de todo su reino á excepción de Memel, abandonado de los cortesanos que aleja siempre la mala fortuna, asistía, testigo importuno, á confidencias á las cuales no era admitido. Su ansioso semblante apenas esta especie de luna de miel de una amistad que no debía acabar. De esto se estaba quejoso y no se le ocultaba el disgusto. Los días se pasaban en revistas, fiestas militares, banquetes en los que los oficiales de los dos ejércitos cambiaban sus insignias en testimonio de fraternidad. Venida la noche los dos emperadores se encerraban y frente á frente trataban sus negocios.

Sólo se conoce por vía de inducción una parte de las confidencias cambiadas en sus largas conversa-

ciones. En su mayor parte no tuvieron otros testigos que los dos emperadores, pero las estipulaciones mismas de los tratados de Tilsit dicen sobrado para que sea necesario recurrir á vanas conjeturas.

¡Cosa significativa y nueva, es el vencedor quien ofrece las concesiones y el vencido quien las acepta! Es que no se trata por Napoleon de dictar la paz á Rusia rendida, sino de ganar á todo precio y para siempre el corazón de Alejandro, y como lo decía él mismo en una nota dirigida á ese soberano, «de pasar en un solo instante de una guerra abierta á las más íntimas relaciones.»

Bajo el imperio de la idea que le domina, y según su método constante, en diplomacia como en guerra, de sacrificarlo todo al fin principal, Napoleon hace tabla rasa á los piés del joven tsar de los inte-

